

¡KABILEÑO, KABILEÑO...!

A mi amigo, el simpático renteriano
José M.^o Aranguren

Estaba en la ribera de Navarra; en el corazón de la hidalga tierra de los hondos quererres y del valor sin límites, cerca del soto donde las reses bravas de mis amigos Fermín López y Alaiza pacen tranquilas, sin preocuparse del transeunte que hace el recorrido de Valtierra, Arguedas, Tudela.

—¡Eh, señor! ¡Párese por lo que más quiera, que en ello le va la vida!—gritó una robusta voz a mi espalda. Me volví con presteza y a la dudosa luz crepuscular pude distinguir un pastor, típico ejemplar de la raza.

—Le he llamado, porque a poco si se topa con el toro huído.

—¿Con el toro huído?—inquirí.

Y me explicó que en ocasiones se suscitan luchas entre los machos de las vacadas, y el berrendo rencoroso y humillado se separa de los demás, dispuesto a desfogar su rabia contra lo primero que encuentra.

—Lo mejor será,—me dijo el pastor,—que se oculte us-



ted detrás de aquél repecho, mientras veo de echarle hacia la manada.

Y se dirigió, con la mayor tranquilidad hacia el animal, llamándole: ¡Kabileño, Kabileño...!

Siguió una muda escena que me sobrecogió por su horrible grandeza.

El toro hundió su belfo en el suelo y braceando un rato para lanzar torbellinos de polvo, sacudió los hígares con la cola y partió como una flecha contra el pastor.

El mozo, impávido, había hincado una rodilla en tierra y oponía al peligro su brazo izquierdo, que únicamente protegía con la blusilla arrollada en él, mientras en su diestra vibraba el garrote.

Fué tal mi espanto, que involuntariamente cerré los ojos, y al abrirlos de nuevo, esperando ver algo sangriento, observé al pastor, con sorpresa en la misma posición, mientras «Kabileño» retrocedía bramando furioso.

Ví de nuevo a la bestia prepararse para el ataque; vi aquel ojo sangriento girar en su órbita, iluminado por siniestros fulgores, y...esta vez tuve la serenidad suficiente para mirar, viendo que cuando la bestia furiosa humillaba la cerviz para encornar al pastor, un golpe brutal del garrote de éste entre los cuernos detenía su ímpetu, obligándole a retroceder, retroceso que aprovechaba el valiente navarro para ganar un poco de terreno a su feroz adversario.

Y fué de esta manera, lenta, arriesgada y soberbia como cruzó el «huído» el camino, reuniéndose al fin con sus compañeros.

Felicité conmovido al pastor quien me invitó a pasar la noche en su cabaña donde después de cenar en unión de los compañeros despidióse, borrando poco a poco la distancia el eco de la canción conque amenizaba su marcha.

II

Muy luego, nos echamos a dormir los cinco ocupantes de la cabaña, cuyo local no tenía más comunicación con el exterior que un hueco a guisa de puerta, por el que entraba el resplandor de la luna de aquella magnífica noche, así como el perfume bravío del campo y el rumor algo lejano de los cerceros de los mansos de la vacada.

Yacía en mi lecho de hojarasca, cuando súbitamente sentí en las proximidades del modesto refugio el callado rumor de unas pisadas:

Quedé yerto. Se apoderó de mí una especie de sopor que me impedía darme exacta cuenta de las cosas, y únicamente recuerdo que una mano asíó la mía convulsivamente por debajo de la manta.—¡No se mueva usted!, me susurró una voz que más parecía un suspiro.

Y siguieron unos segundos pavorosos, de angustiosa ansiedad, en los que a través de mis párpados cerrados tuve la sensación de que el siniestro visitante recorría uno por uno todos los petates, olisqueando a los durmientes y resoplando con fuerza el aire con sus vigorosos pulmones. Sentí, a través de mi manta el fuego de su aliento; sentí en el rostro el viscoso contacto de su baba.. y por segunda vez tembló el suelo al peso de su andadura y de nuevo debió la luna dibujar una sombra monstruosa en el pavimento de la cabaña.

Puestos ya en pié los pastores, a gritos y certeras pedradas de sus hondas, encauzaron hacia la manada a un magnífico toro, de fiera mirada y negro como la noche.

¡Kabileño, Kabileño...!

Logrado su empeño al fin, se acercaron sonrientes, y el de más edad dijo:—Buen susto se habrá llevado V.; pero crea que mayor se lo hubiera llevado el Rojo si se encuentra con nosotros esta noche...¡El toro «venía» por él!

Comprendí. La venganza no es solamente una pasión humana, y tal vez por eso, deshonra a los hombres que la practican.

«Kabileño», el toro huído, el vencido primero por un compañero y luego por un hombre, aprovechó la ocasión que se le brindaba para sorprender a su enemigo, valiéndose de su maravilloso olfato, cuando inerte, desprovisto del temible garrote y de la blusa torera, solo podría ser un muñeco trágico entre sus mortales pitones.

III

Al día siguiente reanudé mi excursión, satisfecho de haber salido indemne de dos peligrosas aventuras; pero hondamente preocupado por la suerte de esos héroes anónimos que, conviviendo con fieras y temibles bestias, se jungan también diariamente la vida.

RAFAEL VALENCIA GOICOECHEA

